

VALORACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO EXPORTADA POR EL SECTOR AGRARIO DURANTE EL PERÍODO 1941-70*

J. L. Leal y otros**

Las hipótesis de valoración de los años de trabajo que ha perdido el sector agrario como consecuencia de la emigración neta producida en el período 1941-1970, que se han aplicado en el capítulo precedente, ignoran los cambios producidos en la calidad de la fuerza de trabajo que permanece en el sector.

En el apartado 4 se ha tenido ocasión de analizar el proceso de envejecimiento a que está sometida la población activa agraria, que constituye una importante modificación producida en la misma como resultado, fundamentalmente, de los trasvases de población agraria hacia otros sectores. El envejecimiento entraña una progresiva degradación de la calidad de la fuerza de trabajo adscrita al sector agrario, que se traduciría en una desvaloración de la misma que queda fuera de los cálculos hasta ahora realizados.

Por otra parte, en el capítulo precedente se han valorado en pesetas los años de trabajo transferidos entre 1941 y 1970, pero no se ha calculado el valor de la fuerza de trabajo transferida en ese período, que se utilizará fundamentalmente a partir de 1970. Los años de actividad transferidos en el período estudiado no constituyen, por tanto, un buen indicador del valor de la fuerza

* LEAL, José Luis, Joaquín LEGUINA, José Manuel NAREDO y Luis TARRAFETA (1975): *La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970)*. Madrid. Siglo XXI de España Editores. Págs. 216 a 224.

** J. L. Leal, J. M. Naredo y L. Tarrafeta son economistas. J. Leguina es demógrafo.

de trabajo que ha perdido la agricultura en el mismo: un 74,5 por 100 del total de los años de actividad de esta fuerza de trabajo tendrán lugar fuera del período considerado, precisamente a partir de 1970, como se ha indicado anteriormente. También hay que tener en cuenta que las transferencias de mano de obra agraria tienen normalmente un carácter irreversible, por lo que puede tener más significado valorar la fuerza de trabajo transferida en vez del tiempo de trabajo que pierde el sector agrario durante un período determinado, pues de hecho es aquélla y no éste el que se transfiere.

En el presente capítulo trataremos de estimar el valor de la fuerza de trabajo transferida por la agricultura entre 1941 y 1970. Dado que en el actual sistema económico la fuerza de trabajo se reproduce de forma relativamente autónoma y —a diferencia de lo que ocurriría en un sistema esclavista— lo que se vende en el mercado no son los individuos, sino el tiempo de trabajo (su fuerza de trabajo) a cambio de un salario, tendremos que recurrir a éste para valorar aquélla. Siendo el salario inferior a la productividad media del tiempo de trabajo que retribuye una valoración de la fuerza de trabajo basada en multiplicar el total de años de vida activa que les quedan a los emigrantes por el salario medio vigente en la década en que emigraron implica una infravaloración de la misma. No obstante, ha parecido útil hacer esta valoración (1), que tendrá un carácter mínimo, y acompañarla de otra que resulta de multiplicar los años de vida activa que les quedan a los emigrantes por el valor añadido medio anual bruto que se ha producido por activo agrario en las décadas de partida. Como parece lógico suponer que una buena parte del aumento de la productividad ha resultado precisamente de las transferencias de mano de obra agraria hacia otros sectores, se ha elaborado una tercera valoración de la fuerza de trabajo en la que se multiplican los años de vida activa de la población agraria transferida en la década de los cincuenta, por el valor añadido agrario medio por persona activa que resultaría en la década de los cincuenta si no se hubieran producido aumentos de productividad respecto a la década anterior, pero sí aumentos de precios. Asimismo, en la dé-

(1) El salario de las mujeres se ha cifrado para acometer esta valoración, como igual a las tres cuartas partes del salario de los asalariados masculinos.

cada de los sesenta el cálculo se realiza considerando los aumentos de precios, pero no los de productividad, manteniendo ésta igual a la década anterior. Los resultados de estas tres valoraciones se presentan en la tabla 1.

Tabla 1

	Hipótesis 1	Hipótesis 2	Hipótesis 3
Migrantes 1941-1950	15.574	33.334	23.334
Migrantes 1951-1960	430.572	727.813	567.262
Migrantes 1961-1970	2.162.489	3.438.247	2.141.143
Total del período	2.608.635	4.189.394	2.731.739

Una primera conclusión que se obtiene de la simple observación de la tabla 1 es la gran importancia económica de la fuerza de trabajo transferida por la agricultura, hecho que aparece obvio, cualquiera que sea el método de valoración empleado. Si se compara el valor de la fuerza de trabajo exportada por el sector con la producción final agraria se observa que mientras en la década de los cuarenta aquél representaba un porcentaje ínfimo de la producción final agraria, en la década de los cincuenta oscila entre el 43 y el 73 por 100 de aquélla, según la hipótesis de valoración empleada, y en la de los sesenta el valor de la fuerza de trabajo transferida por la agricultura se aproxima al valor de la producción final del sector e incluso llega a superarla en un 32 por 100 en la hipótesis de valoración más alta. Con lo que se puede decir que la función de exportador de fuerza de trabajo ha tenido para el sector agrario durante la década de los sesenta una importancia económica comparable, e incluso superior (2), a su función tradicional de productor de mercancías.

La óptica del empresario, y en general del análisis económico convencional, no incluye la exportación de fuerza de trabajo en el *output* del sector agrario, considerando solamente el *output* de

(2) Aunque, según la hipótesis que da una valoración más baja, el valor de la fuerza de trabajo exportada en la década de los 60 sea sólo el 82 por 100 de la producción final agraria, téngase en cuenta que las hipótesis demográficas de que se ha partido tienden a infravalorar el volumen de fuerza de trabajo transferida, como se ha indicado anteriormente.

mercancías. Sin embargo, las transferencias de mano de obra inciden sobre los flujos económicos de la agricultura, provocando, por un lado de los *inputs*, una elevación de los salarios y un aumento de la adquisición de maquinaria que viene a sustituir, al menos parcialmente, la fuerza de trabajo exportada. Tanto la subida de salarios como la mayor demanda de maquinaria agrícola tienen como resultado una ampliación del mercado interior para la industria de bienes de consumo y de medios de producción para la agricultura.

En la primera parte del trabajo ya hemos tratado sobre la contribución de la agricultura a la ampliación del mercado interior de bienes de consumo y de producción. Ahora trataremos de analizar la relación existente entre la fuerza de trabajo transferida por la agricultura y la maquinaria que se adquirió para sustituirla. Para contemplar la forma en que ha evolucionado en términos reales la sustitución de mano de obra por maquinaria se ha preferido comparar el volumen de fuerza de trabajo transferida con el aumento del parque de tractores, como indicador de la mecanización, a tener que realizar deflaciones de dudoso significado. Para el conjunto del período estudiado (1941-1970) se observa que se ha adquirido un tractor por cada cerca de trece activos agrarios que han abandonado el sector (3). Pero esta relación ha variado a lo largo del período, cifrándose, en la década de los cuarenta, en un tractor por cada ocho emigrantes netos, elevándose después en la década de los cincuenta a 24 emigrantes netos por cada tractor adquirido, para caer de nuevo a diez en la década siguiente.

Evolución ésta que parece lógica, pues la escasa importancia de la emigración agraria en la década de los cuarenta explica que el reducido incremento del parque de tractores no viniera impuesto por la escasez de mano de obra, como ocurrió después en las décadas siguientes. Asimismo, parece lógico que al iniciarse en la década de los sesenta la mecanización de fincas de pequeña y mediana dimensión, unido al ritmo más lento con que se ha trans-

(3) La introducción de tractores no sólo ahorra mano de obra, sino que sustituye también ganado de labor. Por ejemplo, en las labores que exige el cultivo de cereales de invierno un tractor de mediana potencia, con sus aperos correspondientes, viene a realizar aproximadamente el trabajo de cuatro yuntas. Pero en el presente estudio no nos detendremos en este punto.

ferido la mano de obra familiar ligada a ellos, decayera en esa década la eficacia con que la maquinaria sustituía a la fuerza de trabajo exportada. Así lo sugiere, además del paso de 24 a 10 emigrantes netos por tractor adquirido, el constante aumento de la potencia media de los tractores y el fuerte incremento del número de cosechadoras autopropulsadas que se produce en la década de los sesenta. Todo esto parece confirmar que, en el caso de la agricultura española, se ha producido el hecho de que a medida que se avanza en la sustitución de fuerza de trabajo por maquinaria esta sustitución se hace cada vez más exigente en capital.

Sin embargo, si se relaciona a precios corrientes el valor de la fuerza de trabajo exportada con el valor de la inversión en maquinaria y equipos, no se observa la pérdida de eficacia en la sustitución de trabajo por capital que se hizo patente en términos físicos. Lo que también resulta lógico, dado que las transferencias de fuerza de trabajo —al superar el crecimiento demográfico— empujan al alza de los salarios y de la productividad del trabajo en la agricultura, y que los precios percibidos por los agricultores han aumentado más rápidamente que los de la maquinaria. Así, la relación entre el valor de la fuerza de trabajo transferida y el de los equipos adquiridos aumenta a lo largo del período considerado, pasando el valor de aquélla de 21 pesetas por cada peseta invertida en equipos en la década del cuarenta, a 25 en la del cincuenta y a 33 en la del sesenta, según la hipótesis I de valoración de la fuerza de trabajo. Y de 31 a 42 y a 52, respectivamente, según la hipótesis II. Si se establece la comparación con el total de la inversión privada, y no solamente con la inversión en equipo, se observa una evolución similar, aunque en este caso es menor el incremento del valor de la fuerza de trabajo transferida por cada unidad monetaria invertida que se observa en la década del sesenta en relación con el decenio anterior.

Se puede decir, por tanto, que aunque en términos físicos decayera la eficacia con que la fuerza de trabajo se sustituía por capital, el comportamiento de los precios y los salarios ha invertido esta evolución en términos monetarios, que se ha revelado cada vez más favorable a esta sustitución al mostrar un valor creciente de la fuerza de trabajo transferida por cada peseta invertida en maquinaria y equipos. No obstante, es posible que la evolución de

los precios y salarios no llegue a compensar en el futuro la mayor exigencia de capital por cada unidad de fuerza de trabajo transferida que se produce en términos físicos, lo que provocaría un descenso del valor de la fuerza de trabajo transferida por cada unidad monetaria invertida en el sector.

Finalmente, cabe apuntar que, desde la óptica de la economía convencional, la sustitución de fuerza de trabajo agraria por capital ha sido altamente beneficiosa para el desarrollo de la industria y también, desde esa misma óptica, ha supuesto una mejor asignación de recursos. Pues el sector agrario no sólo ha transferido sin recibir nada a cambio una fuerza de trabajo y adquirido una serie de medios de producción de origen industrial, sino que el valor de la fuerza de trabajo liberada por el sector agrario ha superado ampliamente el valor de la inversión privada agraria, aun cuando parte de esta inversión no se destine a sustituir trabajo por capital. Pero hay que recordar que una buena parte de la fuerza de trabajo que libera el sector agrario se transfiere a otros países y no a otros sectores de la economía española. En la década del cincuenta se ha estimado que el 27 por 100 de la fuerza de trabajo transferida por el sector agrario lo ha sido hacia el exterior, y en la década del sesenta, el 24 por 100 (4). No obstante, este hecho no invalida lo antes indicado, pues si se reduce el valor de la fuerza de trabajo transferida en estos porcentajes sigue superando ampliamente no sólo al de la inversión en maquinaria y equipos, sino también al del conjunto de la inversión privada agraria.

Pero esta mejora en la asignación de recursos que se observa desde la óptica de la economía convencional como consecuencia de los trasvases de mano de obra agraria no puede dársele una validez general mientras no se consideren los efectos negativos que puedan desprenderse de los cambios tecnológicos que acompañan a la sustitución de trabajo por capital en el propio sector agrario, o de las producciones a que se destina la fuerza de trabajo transferida.

Por una parte, en lo que a la agricultura respecta, la sustitución de la energía humana y animal, la fuerza del viento y del agua, en las que se basaba tradicionalmente la producción

(4) Ignacio Fernández de Castro: *La fuerza de trabajo en España*, EDICUSA, Madrid, 1972.

agraria, por la utilización de maquinaria y medios químicos, hacen que la agricultura se convierta en una actividad fuertemente dependiente del consumo de combustibles fósiles y de otras materias primas no renovables. Por otra, la nueva tecnología empleada —sobre todo la aplicación de medios químicos— produce perturbaciones sobre el equilibrio ecológico y sobre la composición de los alimentos cuyas consecuencias sobre la naturaleza y el hombre están todavía poco estudiadas. Aspectos todos ellos cuyo conocimiento previo resulta esencial para saber en qué medida se ha producido realmente una mejora en la asignación de recursos, entendiendo por ésta algo más que un reajuste de los mismos que permita aumentar la producción de mercancías (5).

ALGUNAS CONCLUSIONES

La contribución del sector agrario al desarrollo industrial como exportador de mercancías, de capitales y de trabajo en los últimos treinta años podría resumirse de la siguiente forma:

Originada por la guerra civil, se produce una «vuelta» al campo de mano de obra orientada a reforzar la producción de mercancías del sector en un momento de penuria de alimentos. Así, en la década de los cuarenta el *output* del sector adopta fundamentalmente la forma de mercancías, pues aunque se inicia ya el proceso de exportación de mano de obra, éste tiene escasa importancia en relación con las mercancías en que se materializa el gran contingente de mano de obra adscrito al sector. En esa época la escasez de carburantes, medios químicos y mecánicos hizo que el sector agrario reforzara sus características de economía natural, en la que se utilizaba una energía renovable y unas materias primas que en su mayor parte se reproducían dentro del sector. Esto acentuó su función de exportador neto de mercancías y, con ello, la creación de una capacidad de financiación importante que

(5) Aquí nos adentraríamos en el problema más amplio de la inadaptación a los problemas actuales de unas categorías y enfoques anclados en la ideología burguesa que presidió la «revolución industrial», según la cual los avances de la técnica se identificaban al progreso, y cualquier aumento de la producción de mercancías al bienestar social.

sirvió para financiar el desarrollo industrial. En consecuencia, la contribución básica del sector agrario al desarrollo industrial en la década de los cuarenta y principios de la de los cincuenta vino dada por la exportación de mercancías y capitales, mientras que los trasvases de mano de obra ocuparon entonces un papel muy limitado.

Sin embargo, después de lograr el autoabastecimiento alimenticio del país y de exportar los capitales que permiten desencadenar el desarrollo industrial, el sector agrario pasó a facilitar la fuerza de trabajo que exige este desarrollo: cuando el desarrollo industrial adquiere una importancia indudable a partir de 1951 la exportación de fuerza de trabajo agraria adquiere un volumen cada vez mayor. Como se ha constatado anteriormente, en la década de los cincuenta y en la de los sesenta la exportación directa de trabajo agrario cobra una importancia creciente en el *output* total del sector, tendencia que se mantendrá en la década de los setenta, en la que probablemente se hará máximo el peso del trabajo exportado en el *output* total agrario, empezando después posiblemente a declinar al no poderse mantener en el futuro los volúmenes de emigración alcanzados en los años sesenta, por ser mucho más reducido el contingente de mano de obra con que cuenta el sector.

A su vez, el sector agrario, al facilitar la mano de obra necesaria para el desarrollo industrial, engendra la crisis de las formas de producción tradicionales, ampliando el mercado agrario de medios de producción industriales, con lo que las funciones de fuente de mano de obra y mercado para la industria aparecen ligadas causalmente. Al final del proceso, cuando se va reduciendo la aportación del sector agrario, primero en capitales, después en mano de obra, su función en el conjunto económico se va asemejando a la de las otras ramas de producción: se le exige simplemente que abastezca en unas condiciones de precio y calidad razonables la demanda de productos agrarios, a la vez que amplía el mercado interior de medios de producción de origen industrial.